

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Es gran cosa la ciencia, no cabe duda. Cada descubrimiento nuevo nos deja más atónitos. ¿Qué aparecerá mañana? ¿Qué nuevas sorpresas nos reserva el porvenir, y qué revelaciones se preparan tras el velo del santuario, o sea en el silencio de los gabinetes, laboratorios y clínicas? A juzgar por lo conocido, lo desconocido será tan sensacional, que nos caeremos en síncope de admiración.

Por lo pronto, los sabios (este calificativo, como nadie ignora, está vinculado en los que cultivan la Química, la Física, las Matemáticas, la Paleontología y otras ramas semejantes de los conocimientos humanos) nos han dado la grata noticia de que el mundo se enfría, irremisiblemente, y la corteza terrestre se encoge y arruga como castaña pilonga, y la nieve se dispone a erigirnos blanco mausoleo... allá dentro de unos diez mil años, no asustarse prematuramente. Y cuando nos consolamos pensando en que, por ahora, contra el frío, hay chimeneas y estufas, nos notifican que también se está acabando el carbón, que cada vez hay menos leña.

El sol por otra parte calienta menos a cada paso. Al decir a cada paso, quiero significar a cada mil años, o cosa así. Y, como no figuro entre la falange de los sabios, me será permitido declarar que, no teniendo yo mil años aún, se me figura que el sol arde menos actualmente que en mis mocedades. ¿Es aprensión? ¿Era la juventud «divino tesoro», lo que hacía efecto de sol? Ello es que mucha gente asegura lo mismo... Los inviernos son más rigurosos, llueve más, llueve a cántaros, hacia abajo y hacia arriba. No sé si esta culpa hay que achacársela a Febo, o a algún otro dios mitológico, pero todo ello ayuda a arraigar la creencia de que el planeta se enfría. El foco de sus entrañas va perdiendo intensidad. Y rara vez los volcanes encienden su pipa y la fuman con cuidadoso anhelo. En cambio, los terremotos frecuentes parecen indicar que se contrae la «corteza» de la madre Tierra. No es un conflicto tan urgente como pagar el impuesto de inquilinato o la territorial, y no obstante indica que el globo es mortal, como sus habitantes...

A bien que ahí está la ciencia para ofrecernos sus consuelos una vez más. Por si falta qué comer a la humanidad, uno de esos señores cuyo nombre está erizado de consonantes nos enteró de lo sencillo que es reemplazar los alimentos, bifeches, patatas, etc., con algo hasta bonito y poético: rayos de luz; los rayos ultravioleta. Por medio de estos rayos, que contienen todas las sustancias alimenticias, se criarán productos tan sabrosos y reparadores como los que hoy se venden en mercados y se sirven en fondas. En vez de pedir una libra de filete, se pedirán quinientos gramos de rayos ultravioleta, de lo más ultra, y bien pesaditos. Y habrá que ver las pantorrillas que echarán los consumidores de tan mantecoso plato.

Ya otra vez leí no sé dónde, en alguna revista con ínfulas, que estaba descubierta el modo de comer sin comer, o punto menos, y que unos cubitos de sustancia concentrada, llenos de virtudes y libres de toda impureza que puede dejar residuo en los intestinos iban a destronar a los garbanzos y los pollos, a los peces y a las pastas de Italia en sopa... Con un par de cubitos, uno por la mañana y otro por la noche, cátese a una persona sostenida y fuerte como un toro, hasta el día siguiente, en que otro cubito proporciona succulento almuerzo, sin haber menester sirvientes, ni mesa, ni plato, ni cuchillo... Hay que repetir que tal sistema sería ideal. Aunque no suprimiese los residuos consabidos, suprimiría las cocineras y cocineros, y con ellos gran parte de las

tribulaciones de la vida doméstica. La idea de los cubitos abre infinitas perspectivas, todas mágicas. Me imagino unos inmensos laboratorios, donde un ejército de sabios, semisabios y pinches de sabiduría confeccionen esos cubitos, cargando la mano con lo que más convenga a la salud de los clientes, dando cubitos de verdura y pescados blancos a los artríticos, cubitos de carne roja a los tuberculosos y anémicos, cubitos de leche a los niños, y hasta de coñac a los aficionados a empinar el codo. Surge una esperanza magnífica: ¡pero si con los cubitos no habrá males!, ¡si los males se crían en el estómago y en el vientre, de imperfectas digestiones, de envenenamientos de la sangre por los residuos consabidos! En poniéndose al régimen de los cubitos, donde se contendrá lo asimilable, útil y sano de todo alimento, descartado lo dañino, se acabaron también médicos, remedios, boticas, aguas minerales, y otros accesorios del sainete fisiológico y patológico de la vida.

Espero, pues, con el interés que cualquiera adivina, a que se vendan en alguna parte esos cubitos maravillosos, y alguien me cuente que está a cubitos, y que le va tan ricamente. Por ahora, nada he vuelto a saber del gran invento.

En cambio (¿puede decirse así?) empiezan a llegar, hasta Madrid por lo menos, ciertos preparados de efecto especial. En el afán que a todo el mundo le ha entrado por cuidarse, por vivir muchos años, ha dado en correr una conseja poética de la longevidad de ciertos pueblos de Europa y Asia. Parece que esos búlgaros, a quienes Pedro Loti acaba de cantar las verdades del barquero, se viven sus cien años tan fácilmente como aquí se alcanza a los cincuenta o sesenta, y lo deben al famoso «fermento», que les limpia las cuevas donde florecen los malos microbios, que nos emponzoñan. En vista de lo cual, se ha tratado de averiguar cómo tal fermento se produce, y en Madrid lo hacen, sin que yo me atreva a afirmar que exactamente igual al búlgaro, no porque desconfíe en lo más mínimo de los señores que lo fabrican y expenden, sino porque la filosofía escéptica aconseja conservar siempre una leve picazón de duda respecto a cuantas cosas existen en este bajo mundo. Sea o no idéntico al que almuerza el Zar Fernando, el fermento que se vende en Madrid es grato al paladar (hablo del *Yugur*, no del *Kefir*), y peligroso para el bolsillo, pues cuesta bastante, si se ha de tomar en proporciones curativas.

No me figuro, sin embargo, que aumente el número de los centenarios por la introducción de estos fermentos (que tal vez, en Bulgaria, se hagan con leche de yegua). El género de vida, el clima, tantas cosas influyen en este problema de la longevidad, que siempre los búlgaros tendrán más probabilidades de llegar a los ciento y pico, que los ultracivilizados como Loti, que han sentido demasiado la vida y las ideas, removido con exceso el poso de las tristezas de la civilización.

Y en cuanto régimen original y modernista..., hablenme ustedes del Dr. Hugonencq, decano de la Facultad de Medicina de Lyon.

Modernista... a fuerza de antiguo; porque ese régimen, infalible contra toda enfermedad del estómago, es el primitivo, probablemente, que ha seguido la humanidad, cuando vagaba, errante y nómada, en busca de condiciones de existencia, al través de valles y montes, o siguiendo el curso de los ríos, poco después de haber aparecido en la superficie de la tierra, en la cual ya no habitaban monstruos como el que acaba de regalarnos (al menos su exacta reproducción) el millonario Carnegie. Todavía hoy siguen el régimen del doctor legionense no pocos hombres, en comarcas aun salvajes, y cuando se descubrió el Nuevo Mundo, el régimen persistía, no ya impuesto por la necesidad, sino por el rito religioso, y ¿quién sabe si por la gula? El doctor autoriza esta hipótesis, al decirnos que la carne humana tiene un sabor más exquisito que la de ternera, cerdo, vaca, gallina, perdiz, y que todos los salvajes que han comido de estas últimas, las han desdenado si antes comieron carne de sus semejantes.

Ya lo oyen ustedes: para curar la dispepsia nada como esa alimentación especial, que tanto facilita las funciones digestivas, y es la más saludable de cuantas se conocen.

Yo no sé por qué conexiones, que me ocurren sin querer, este doctor me trae a la memoria a los reos de Gádor, los que sufrieron pena de muerte por haber sangrado a un niño, con cuya sangre y mantecas esperaba curarse un tísico, bebiendo la una y siéndole aplicadas al pecho las otras. No sé si hago una ofensa a la Facultad de Medicina de Lyon comparando a su decano con aquellos rudos labradores que creyeron en tal específico; pero se me figura que pertenecen ambos remedios a la misma terapéutica,

revestida en Lyon del aparato imponente de la ciencia dominadora, y envuelta en Gádor en las nieblas de la superstición más negra y medioeval.

Se pierde la imaginación en conjeturas, para inferir cómo ha podido el doctor hallar la demostración experimental de su régimen curativo. Al decir que le había llamado la atención que no hubiese enfermos del estómago entre los caníbales, parece dar a entender que residió algún tiempo entre ellos, y no se explica uno cómo no le utilizaron para un asado envuelto en hojas de banana, procedimiento el más recomendable para el costillar o la riñonada de hombre blanco. Y puesto que lograrse el doctor cerciorarse de que verdaderamente los antropófagos no sufren piroxis ni gastralgia, ¿en qué forma pudo inquirir que los blancos, comiendo del mismo manjar quedan libres de iguales achaques?

Generalmente, cuando leemos en relatos de naufragios y hambres calagurritanas de sitios de ciudades, que se ha apelado a la última extremidad, añaden que el horrible manjar ocasionó enfermedades a los que tuvieron el valor de gustarlo. Ya sé lo que el doctor objetará: ¿y en los tiempos primitivos? ¿Acaso no era uso corriente la antropofagia? ¿Y en los países donde se practica, y en los que tanto se practicó? ¿Acaso es sabido que originase desórdenes en el organismo?

Yo confieso que, efectivamente, la costumbre puede borrar las repugnancias, y así como en el sitio de París los más refinados comieron caballo, mulo y peores cosas, la necesidad extrema puede llevar a otros actos que escalofrían. Y hasta voy a concederle a este señor que la carne de racional sea bocado de príncipe. En esto andan conformes los testimonios: somos muy finos y apetitosos en la sartén o en el asador. La cuestión es de otro género, y del dominio de la psicología. Por delicioso que sea el manjar, la gente está desacostumbrada. Para habitarla, habría que destruir una serie de ideas, de las cuales está formada la substancia de nuestro ser íntimo. Creemos que tenemos un alma, una conciencia, un deber de fraternidad con todo hombre; y esto no lo creemos tan sólo porque somos cristianos: esto es el avance, la conquista de todas las civilizaciones, contra todas las barbaries, desde mucho antes de la venida de Jesucristo. En la antigüedad pagana, la Musa — otra conquista del hombre — enseñó a reprobar y condenar el viejo rito, al hacer objeto de horror el festín de Atreo, donde hubo un plato que tal vez el ya citado doctor recomendase a sus clientes.

El rito espantoso fué desterrado, en nuestro Continente, desde los tiempos heroicos de Grecia. Le estaba reservado a la ciencia renovarlo.

Una vez leí una graciosa paradoja a propósito de este punto concreto (y tan concreto!) que no tenía otro defecto sino confundir los frenos, y querer demostrar que la antropofagia y la guerra son una misma cosa. Decía el paradojista que realmente los humanos no habían comprendido nunca el sentido de la creación. Cuando fuimos creados, la providencia, o la naturaleza, o vaya usted a saber, nos facilitó la vida del modo más sencillo y práctico, poniendo a nuestro alcance el medio de subsistir sin trabajar. Para los niños, previno alimento con la leche de las madres; para los adultos, en los cuerpos de los que mueren, o que están a punto de morir, a quienes se puede sacrificar ya sin escúpulo. Así, el hombre viviría del hombre, y no tendría que arbitrar incesantemente recursos de nutrición; así, no se vería el caso, mucho más cruel que la antropofagia, de que un individuo de nuestra especie se muera de hambre...

Y yo temo que el doctor, de fijo con muy buena intención, origine con su teoría una serie de crímenes espeluznantes. Si dan por ahí en creer que, en efecto, es una panacea el manjar inicuo ¿quién sabe lo que podrá ocurrir? ¿Y quién sabe si, tentado por el genio de la codicia y de la gula, volverá algún pastelero a confeccionar aquellos célebres pasteles, que en Madrid, en el siglo XVII, todo el mundo se disputaba, y que — *horresco réferens!* — eran del régimen del Sr. Hugonencq?

¡Dios nos asista, y el glorioso San Lorenzo, que asado en la parrilla murió, nos libre de comidas extrañas!

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

LA

Será muy blar un po nina.

Cuentan ta años de delinquido rar con ávi curiosamen la atención

— El can Sin habe

actual de la

A bien c parte que s de Santas I figurines, d que se saqi cuerpo par guido; y m allá en San larguirucho

— Recog rincón.

Para sin hebreas en que pudies tirpe, vend ¿Os acordá todo lo cor pueden su ves. Figuré sa, al frent cuando mi cia su talle

Hay una nina. La fe tada, y sus ropa, ni ex ningún mo nunca, sin París. Aqu las mangas largas ni c armoniosos gancias, lo a la vez, e sombrillas molde par no recarga yor número

Bien pre pezaron a